
ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Inverness.—Patio en el castillo de Macbeth.

Entra BANQUO, precedido de FLEANCIO con una antorcha.

BANQUO. ¿Qué hora tenemos, hijo?

FLEANCIO. El reloj no escuché, pero la luna
Traspuesta va.

BANQUO. Se oculta á media noche.

FLEANCIO. Más tarde me parece.

BANQUO. Ten la espada.—

Ahorrar parece el cielo: sus candiles
Apagados están.—También ten eso.—

Me oprime el sueño con su plúmbea mano;

Mas no quiero dormir.—Dios bondadoso,

Refrena las ideas maldecidas

Que á perturbarme en mi reposo vienen.—

Dáme la espada tú.—¿Quién es?

Entran MACBETH y un criado con una antorcha.

MACBETH.

Amigo.

BANQUO. ¡Qué! ¿Levantado aún? Ya el Rey descansa.
Alegre como nunca se ha mostrado,
Y encomió sin cesar vuestros obsequios.
Este diamante á vuestra esposa envía,
A la cual llama su gentil patrona.
Gozoso fué á su lecho.

MACBETH. Sin aviso,
Se esclavizó la voluntad á faltas
Que salvara, tal vez, obrando libre.

BANQUO. No ha habido falta que notar.—Anoche
Soñé con las hermanas hechiceras:
Con vos algo veraces se han mostrado.

MACBETH. No me preocupan.—En sazón propicia,
Sin embargo, pudiera consagrarse
Un momento á este asunto, si os agrada.

BANQUO. Cuando gustéis.

MACBETH. Siguiendo mi consejo
Honra obtendréis.

BANQUO. Con tal que no la pierda
Tratando de aumentarla, y que respire
Libre mi pecho, y mi lealtad no enturbie,
Lo aceptaré.

MACBETH. Pues descansad en tanto.

BANQUO. Mil gracias: igualmente. (Vanse Banquo y Fleancio.)

MACBETH. Vé: dile á tu señora que me llame
Cuando aliste mi copa. Vete al lecho.

(Vase el criado.)

¿Es un puñal lo que mis ojos miran
Vuelto el puño hacia mí? ¡Ven á mis manos!
No te logro alcanzar aunque te veo.
¿Eres, fatal visión, sensible sólo
A la vista, no al tacto? ¿O por ventura,
Fantástico puñal, creación mentida
De un cerebro que ardor febril inflama?

Aun te veo con forma tan palpable
Cual éste que ahora empuño.
Me indicas el camino que llevaba,
Y el arma misma que esgrimir debía.
¡Burla mis ojos son de otros sentidos
O más que todos valen!—Aun te veo.
Y tu cuchilla y puño relucientes
Sangre destilan ya.—¡Mentira todo!
Es el sangriento asunto que se informa
A mis ojos así. Naturaleza
Ahora en un hemisferio desfallece.
Turba sueño nefando á quien cobija
Rico dosel. Dan culto en su aquelarre
A la pálida Hécate las brujas;
Y el homicidio escuálido, al que alarma
Su centinela el lobo carnicero
Aullando horrible alerta, sigiloso,
Con los lascivos pasos de Tarquino
Hacia su objeto cual fantasma acude.
Tierra firme y segura, que mis pasos
Ni escuches ni adivines, no suceda
Que hasta tus piedras mismas me delaten.
Anula tú de la presente hora
El horror que con ella se armoniza.
¡Amenazo y él vive!—Con su aliento
Las palabras enfrían las acciones.

(Suena una campana.)

¡Vamos! ¡Ya es hecho!—Duncan, que no escuches
De esa campana el són que á mí me invita,
Y al cielo ó al infierno á tí te cita (Vase.)

Alcoba quién se halla?

L. MACB. Donalbäin.

MACBETH. ¡Espectáculo horrendo! (Mirándose las manos.)

L. MACB. ¡Necia idea!

¿Por qué horrendo espectáculo lo llamas?

MACBETH. Durmiendo el uno sonrió, y el otro
Gritó «¡Asesino!» y despertaron ambos.
Inmóvil los miré, pero en seguida
Rezaron y quedáronse dormidos.

L. MACB. Dos postes son tan sólo.

MACBETH. Dijo el uno
«Que nos bendiga Dios,» y «Amén» el otro
Con estas manos de verdugo al verme
Su asombro contemplando.—Yo no pude
Repetir el «Amén» cuando dijeron
«Que nos bendiga Dios.»

L. MACB. No así te agites.

MACBETH. Mas ¿por qué pronunciar «Amén» no pude?
Necesidad de bendición tenía,
Pero el «Amén» pegóse á mi garganta.

L. MACB. Si damos en pensar en tales cosas
De este modo, perder se puede el juicio.

MACBETH. Pensé oír una voz que me decía:
«Macbeth, no duermas que mataste al sueño.»
Al inocente sueño que entreteje
Del dolor la madeja enmarañada;
La dulce muerte del vivir diario,
Baño reparador de la fatiga
Y bálsamo del alma que padece;
Esa otra existencia que seguimos,
Del festín de la vida el más sabroso
Nutritivo manjar.

L. MACB. Pero ¿qué dices?

MACBETH. Pues me gritó «No duermas» en voz alta.

«Glamis al sueño asesinó, por tanto
Cáudor no dormirá, Macbeth tampoco.»

L. MACB. Mas ¿quién eso gritaba?—Dueño mío,
No así rebajes tu valor, ni dejes
Que á tu razón el vértigo avasalle.
Vé, procúrate agua.—Lava en ella
De tus manos el sucio testimonio.—
¿De su sitio las dagas á qué quitas?
Allí han de estar.—Vé, llévalas y mancha
Con sangre á los dormidos centinelas.

MACBETH. No vuelvo más.—El miedo me estremece
Tan sólo con pensar en lo que hice:
Otra vez á mirarlo no me atrevo.

L. MACB. ¡Cuán débil eres!—Dame acá las dagas.—
Estatuas son los muertos y dormidos.
Al niño solamente se le asusta
Con la imagen del diablo.—Si da sangre,
Yo adornaré la faz de esos sirvientes,
Pues suyo debe aparecer el hecho.

(Vase. Se oyen golpes.)

MACBETH. ¿Dónde llaman?—¿Cuál es mi triste estado
Cuando el rumor más levé me horroriza!—
Mas ¿qué manos son estas? ¡Ah! Mis ojos
Arrancar de sus órbitas pretenden.—
¿Podrá tal vez el Oceano inmenso
De mis manos lavar toda esta sangre?
¡No! Más bien las inmundas manos más
Ese mar de esmeralda enrojecieran.

Vuelve á entrar LADY MACBETH.

L. MACB. Rojas están mis manos cual las tuyas.
Me avergonzara de tener tan blanco
Cual tú mi corazón. A la portada

(Se oyen golpes.)

Del Sur llamando están.—A nuestra alcoba.
 El agua de sospechas nos redima.
 ¡Cuán fácil esto es!—Tu atrevimiento
 Exhausto te ha dejado.—Escucha.—Aun llaman.
 Ponte el nocturno traje, no descubran
 Que hemos estado en vela.—No te engolfes
 Así en tus pensamientos.

MACBETH.

¡Desearía

No pensar, recordando lo que hice!

¡Duncan, oye el rumor! ¡Así pudieras! (Vanse.)

ESCENA III.

(Se oyen golpes.)

Entra un PORTERO.

PORTERO.—¡Vaya un modo de llamar! Fuera uno portero del infierno y gran práctico sería en abrir puertas. Llama, llama, llama. ¿Quién es, por vida de Belzebú! ¿Si será algún labrador que se ha ahorcado porque esperaba abundante cosecha? Llama, llama. ¿Quién es, por vida del otro diablo! ¡Vaya! Este es un prevaricador dispuesto á prestar juramento en cualquier plato de la balanza contra el plato opuesto.—Gran traidor sería por el amor de Dios; pero no pudo prevaricar hasta el punto de entrar en la gloria.—Entra, prevaricador. Llama, llama. ¡Vaya! aquí llega un sastre inglés que ha sisado tela de unas bragas francesas.—Entra, sastre, calienta aquí tus planchas. Demasiado frío hace aquí para infierno. Cesó en mi cargo de diablo portero. Pensé abrir la puerta á gentes de diversas profe-

siones que recorren la florida senda de la hoguera eternal.
Otra. Otra. Os suplico que os acordéis del portero.

(Abre la puerta.)

Entran MACDUFF y LÉNNOX.

MACDUFF.—¿Tan tarde te has acostado, que tan tarde te levantas?

PORTERO.—Señor, para decir verdad, estuvimos de fiesta hasta el segundo canto del gallo.

MACDUFF.—¿Está levantado tu amo? Nuestros golpes le han despertado. Aquí llega.

Entra MACBETH.

LÉNNOX. Buenos días, señor.

MACBETH. Salud á entrambos.

MACDUFF. ¿Ha despertado el Rey?

MACBETH. No, todavía.

MACDUFF. Me ordenó que temprano lo llamara,
Y es tiempo ya.

MACBETH. Dejad que yo os conduzca.

MACDUFF. Este trabajo para vos es goce,
Pero es trabajo.

MACBETH. Los trabajos gratos
La medicina son de las molestias.
La puerta ved.

MACDUFF. A penetrar me induce
Mi obligación. (Vase.)

LÉNNOX. ¿Su majestad hoy parte?

MACBETH. Así dejó dispuesto.

LÉNNOX. Tormentosa
La noche ha sido. El viento ha derribado
De nuestro pabellón las chimeneas.
Se oyeron, según dicen, en el aire

Lamentos y quejidos de agonía,
 Y proféticas voces que anunciaban,
 Con acento terrible, destructores
 Incendios y sucesos pavorosos
 Para el presente mísero incubados.
 Se ha escuchado del ave tenebrosa
 La voz toda la noche, y otros dicen
 Que la tierra, febril, se estremecía.

MACBETH. Fiera ha sido la noche.

LÉNNOX. No recuerda
 Otra peor mi juvenil memoria.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. ¡Horror! ¡horror! ¡horror! ¡Lengua ninguna
 Ni corazón te entienda ni te nombre!

MACBETH y LÉNNOX. ¿Qué ocurre?

MACDUFF. La traición ha ejecutado
 Hoy su obra maestra. El asesino
 Sacrílego vilmente hurtó del templo
 Consagrado al señor la noble vida.

MACBETH. Mas ¿qué decís? ¿La vida?

LÉNNOX. ¿Del monarca?

MACDUFF. A la alcoba llegad; ¡cegad, mirando
 Este gorgóneo horror! Hablar no puedo:
 Mirad y hablad después.

(Vanse Macbet y Lénnox.)

¡Alerta! ¡Alerta!

¡A rebato tocad! ¡Traición! ¡Infamia!
 ¡Oh Banquo! ¡Donalbain! ¡Málcolm! ¡Alerta!
 ¡Sacudid ese símil de la muerte,
 Y ved la muerte misma! ¡Presto! ¡presto!
 ¡Mirad su eterna imagen! ¡Málcolm! ¡Banquo!
 El lecho cual si fuese vuestra tumba

Dejad ya, y acercaos cual fantasmas
A contemplar tamaño horror.

(Tocan á rebato.)

Entra LADY MACBETH.

L. MACB. ¿Qué ocurre,
Que así se llama con tan fieros gritos
De esta casa á los huéspedes que aun duermen?
Hablad, hablad.

MACDUFF. No á vos ¡oh tierna dama!
Os corresponde el escuchar mis frases;
Repetirlas á oídos femeniles
Asesinato fuera.

Entra BANQUO.

¡Banquo! ¡Banquo!
Nuestro monarca asesinado ha sido.
L. MACB. ¡Eterno Dios! ¡En nuestra propia casa!
BANQUO. ¡Aquí y en donde quiera es espantoso!
Desdícete por Dios; dí que no es cierto.

Vuelven á entrar MACBETH y LÉNNOX.

MACBETH. Hubiera muerto yo momentos antes,
Y mi existencia bendecir podría.
Mi vida desde hoy perdió su objeto.
Inútil todo es ya. Renombre, gloria,
Han perecido. Del vivir el néctar
Escanciado fué ya. Quedan tan sólo
Las heces en la mísera vasija.

Entran MÁLCOLM y DONALABIN.

DONALB. ¿Qué es esto?

MACBETH. ¿Y eres tú quien lo pregunta?
El principio, la fuente de tu vida

Ya se agotó. Ya se agotó en su origen.
Tu regio padre asesinado ha sido.

MÁLCOM. ¡Oh! ¿Por quién?

LÉNNOX. Por los guardias de su alcoba

Al parecer. Sus caras y sus manos
Tintas en sangre estaban. Sus puñales,
Aun sin limpiar junto á sus mismos lechos.
Delirantes, miraban asombrados:
Nadie seguro en su presencia estaba.

MACBETH. ¡Ah! Mas lamento mi furor que muerte
Me hizo darles.

MACDUFF. ¿Por qué tal cosa hicisteis?

MACBETH. ¿Quién puede ser discreto en el asombro?

¿Ni prudencia tener enfurecido?

¿O ser leal é indiferente? Nadie.

De mi activo cariño la viveza

Atropelló de mi razón la calma.—

Duncan aquí tendido; bordeando

Su piel de plata su preciosa sangre

Sus profundas heridas eran brechas

Que á una muerte cruel dieron entrada.

Allí los asesinos, recubiertos

Del color de su oficio. Sus puñales

Brutalmente manchados. ¿Quién podía,

Con corazón amante, y valeroso

Al par para mostrarlo, contenerse?

L. MACB. ¡Ay Dios, de aquí llevadme!

MACDUFF.

Á la Señora

Atended.

MÁLCOLM. (Aparte á Donalbain.) ¿Y callamos, cuando muchos
Achacarnos podrán el argumento?

DONALB. (Aparte á Málccolm.)

Lo que se hablara aquí fatal nos fuera.

Partamos: nuestras lágrimas no pueden

Aún fermentar.

MALCOLM. (Aparte á Donalbain.) Ni nuestra pena horrible
Mostrarse en tal premura.

BANQUO.

A la Señora

Atended. (Llévanse á Lady Macbeth.)
Y después que nos vistamos
Reunirnos fuerza es; y este sangriento
Suceso investigar con más reposo.
Recelos y temores nos perturban.
Me hallo de Dios en la potente mano;
Desde allí, toda implícita sospecha
De traidora malicia desaffo.

MACDUFF. Y yo también.

TODOS. Y todos igualmente.

MACBETH. Con diligencia varonil en junta
En el salon nos reuniremos.

TODOS.

Sea.

(Vanse todos menos Málcolm y Donalbain.)

MÁLCOLM. ¿Qué haces tú? No con ellos concertemos.
Honda pena mostrar nunca sentida
Es arte fácil para el hombre falso.
Yo iré á Inglaterra.

DONALB.

A Irlanda yo; con suerte

Separada vivimos más seguros.
Tórnanse aquí puñales las sonrisas:
Los que la sangre ha unido la derraman.

MÁLCOLM. El asesino proyectil que arrojan
No ha reventado aún, y nos conviene
Burlar su dirección. Montemos presto,
Y, sin decir adiós, luégo partamos.
Para abscondernos la razón nos sobra,
Que no hay piedad aquí cuando se cobra. (Vanse.)

ESCENA IV.

Inverness.—Exterior del Castillo de Macbeth.

Entran ROSS y un ANCIANO.

ANCIANO. Setenta años recordar me es fácil,
Y en ese tiempo ví cosas extrañas
Y horas de horror; pero tan triste noche
A todo sobrepuja.

Ross. Buen anciano,
Ved cómo el cielo amenazante mira
Al trágico escenario de los hombres.
Es día por la hora, mas oprime
La oscura noche al luminar errante.
¿Triunfa la noche, se avergüenza el día
Que así la oscuridad sepulta al mundo
En vez de que lo bese viva lumbre?

ANCIANO. No es natural, cual natural tampoco
Es el presente caso. Vióse el martes
A un orgulloso halcón volando altivo
Presa ser de una mísera lechuza.

Ross. Los caballos de Duncan, los mejores
De aquella raza, en fieras convertidos
Rompen de pronto sus establos; huyen,
E inobedientes, guerra le declaran
Al hombre en su furor.

ANCIANO. Se devoraron.

Ross. Es verdad, con espanto de mis ojos.
Aquí se acerca el buen Macduff. ¿El mundo,

Entra MACDUFF.

Amigo, cómo va?

MACDUFF. Ya lo estáis viendo.

ROSS. ¿Quién fué el autor de tan terrible hazaña?

MACDUFF. Los que Macbeth mató.

ROSS. Pero ¡Dios mío!

¿Y qué les iba en ello?

MACDUFF. Sobornados

Por los dos hijos del Monarca fueron.

ROSS. Otro acto también contra natura.

La pródiga ambición voraz destroza

Aun el propio alimento de su vida.

Pues puede que Macbeth ocupe el trono.

MACDUFF. Rey le nombraron, y á investirse marcha
A Esconia ya.

ROSS. ¿Y el cuerpo del rey Duncan?

MACDUFF. Lo conducen al Cerro de San Colme,
De sus pasados tumba sacrosanta,
Custodio de sus huesos.

ROSS. ¿Vais á Esconia?

MACDUFF. A Faife, primo.

ROSS. Pues á Esconia marchó.

MACDUFF. Que bien encaminado vaya todo.

Pero entre tanto, adiós: quizás me agrada

Más que nuevo ropaje, ropa usada.

ROSS. Adios, anciano.

ANCIANO. Quien cual vos hiciere

Del mal el bien, y amigo de enemigo,

Lleva de Dios la bendición consigo. (Vanse.)

Hemos de dar, señor, os invitamos.

BANQUO. Que vuestra Majestad sólo me mande,
Pues se encuentra con lazo indisoluble
Mi voluntad ligada á vos por siempre.

MACBETH. ¿Cabalgáis esta tarde?

BANQUO. Sí; tal pienso.

MACBETH. Si nó, vuestros consejos reclamara,
Que, en la reunión de hoy, de gran valía
Y sumo alcance fueron. Pero quede
Para mañana. ¿Es lejos el paseo?

BANQUO. Señor, hasta la hora de la cena;
Pues si no aviva el paso mi caballo
A la noche, quizás, prestadas pida
Una ó dos negras horas.

MACBETH. No haya excusa.

BANQUO. No faltaré, señor.

MACBETH. Según me dicen,
En Irlanda mis deudos sanguinarios
O en Inglaterra están. Y ni confiesan
Su cruel parricidio, mas propalan
Extrañas invenciones. De este asunto
Mañana hemos de hablar, cuando, reunidos,
Otros graves negocios resolvamos.
¡Ahora, á caballo! Adiós. Hasta la noche.
¿Fleancio va con vos?

BANQUO. Conmigo viene;
Y es tiempo ya.

MACBETH. Seguros y ligeros
Vuestros caballos sean. Dios os guarde.

(Vase Banquo.)

Que cada cual disponga á su capricho
Del tiempo que le resta hasta las siete.
Para apreciar la amena compañía
Al cenar, entre tanto, quedo solo.

Id, señores, con Dios. Hasta más tarde.

(Vanse todos menos Macbeth y un sirviente.)

¡Escucha tú! ¿Me esperan esos hombres?

SIRVIENT. Sí, señor. A las puertas de Palacio.

MACBETH. Que entren aquí. (Vase el sirviente.)

Ser lo que soy es nada

Sin la seguridad. En Banquo veo

Amenaza constante; y es temible

Esa regia altivez que le domina.

Es audaz; y á su intrépido carácter

Auna el talento, que al valor induce

Con previsión á obrar. Temo su audacia;

Y mi genio ante él se ve humillado,

Cual humillado estaba Marco Antonio

Ante César. El fué quien á las brujas

Increpó que cual rey me saludaban,

Y hablar les ordenó; y entonces ellas

Con profética voz «Padre de reyes»

Al saludarlo le llamaron. Ponen

En mi frente infructífera corona,

Y me dan á empuñar estéril cetro,

Que debe arrebatarme mano extraña

Con mengua de mis hijos. Si tal fuera,

De Banquo trabajé por la progenie.

La muerte al noble Duncan dí por ellos,

Y el cáliz de mi paz por ellos solo

Llené de hiel. La joya de mi vida

Al diablo vendo para hacerlos reyes.

¡Hacer reyes de Banquo á los retoños!

Antes, fatalidad, entra en la lidia,

Y sé mi campeón en este juicio.

¿Quién?

Vuelve á entrar el sirviente con dos ASESINOS.